

PIENSO QUE OMAR VIVE...

Mario Oliva

Con esta frase inició Octavio Jiménez (Juan del Camino) su conferencia, en noviembre de 1945, en la Escuela Normal de Costa Rica, al cumplirse 17 años de la desaparición física de Omar Dengo. Era la última “Estampa” de una serie de cinco que dedicó a su amigo y maestro. De los escritos de Octavio Jiménez destacaremos la relación de Omar Dengo con los Estados Unidos

Omar Dengo y los Estados Unidos

Junto con otros intelectuales y el incipiente movimiento artesano-obrero de principios del siglo XX, Omar Dengo participó de la presencia e influjo de las corrientes antiimperialistas. La primera estaba encabezada por Manuel Ugarte, ubicada, temporalmente, entre 1910 y el promediar de los años veinte.

Dengo se dirige en discurso memorable a los jóvenes y a los obreros en la visita a Costa Rica del propagandista argentino en 1912. Venía de París y había hecho escala en México y Guatemala. Aprovecha la reciente estancia en el país de Mr. Philander Chase Knox, Secretario de Estado de Estados Unidos, para interponer la de Manuel Ugarte. Dice Omar Dengo: “cuando aún no se ha borrado de las arenas de la playa la marca afrentosa de los tacones claveteados de Mr. Knox..., nos anuncia la prensa extranjera que muy en breve llegará al país el distinguido escritor argentino Manuel Ugarte”.¹

En tono mucho más contundente, prosigue en esa misma alocución y para no dejar duda de su visión crítica a la modernidad norteamericana, escribe:

...huye de la atmósfera la fetidez de la inmensa salchichería de Chicago, y comienza a respirarse un



aire consolador que parece venir del Chimborazo. Los ruidos de las maquinarias, de los automóviles y de los tranvías cesan; se calla el retintín de las monedas de oro y en cambio despiertan los rumores de nuestras selvas soberanas y se trenzan en el aire de los cantos de los turpiales y de los zinzontes y las alegrías de los polícromos papagayos.²

Podemos continuar esbozando este tipo de registro que adquiere la protesta y resistencia ante la amenaza norteamericana, de Omar Dengo. Lo que acá se quiere llamar la atención, es solamente la necesidad de tomar en consideración estas manifestaciones culturales del amplio escenario de los sentidos y significados asociados a la hegemonía internacional o global.

Omar Dengo no era un antinorteamericano, ni anti extranjero, sino un pensador que supo colocar el tema en una dimensión ponderada y justa. El odio al extranjero! lo consideraba insensato e infecundo. Y se manifiesta por aprovechar la cooperación. Pero no es forzoso suponer que la lucha contra determinados intereses extranjeros, si existen, emana del odio. Propone en tono exaltado, sentencia, como solución: “el amor a lo nuestro, amor capaz de despertar clarividentes concepciones de nuestro destino. Ese amor nos salvará de algo peor que el odio al extranjero: la sumisión venal al oro extranjero”.³

Esto último es prueba de su calado profundo, es evidente que participaba de la intensa protesta popular de aquellos años en contra de la intervención extranjera en actividades pilares de la economía nacional, tales como la electricidad,

¹ Omar Dengo, *Escritos y discursos*, EUNA, Heredia, Costa Rica, 2007, p. 88.

² *Ibidem*.

³ *Ibid*, p. 308.

transportes terrestres y aéreos y desde luego la economía de enclaves, tanto fruteras como mineras.

A la par de esta postura ética y política desarrolló una faceta menos conocida y de valoración de la cultura norteamericana, que tiene rasgos sorprendentes de coincidencia con pensadores y escritores como Sarmiento, Martí y Gabriela Mistral.

Octavio Jiménez permite visualizar la enorme admiración que fue desplegando Dengo a través de su elevada formación autodidacta, de la cultura, sus instituciones y sus hombres de los Estados Unidos, muy probablemente influenciado por otros pensadores continentales de igual talante que pusieron en su justa medida y dimensión las virtudes del pueblo norteamericano. En primer término, Omar Dengo se vio atraído por sus escritores, por su literatura, por sus hombres dedicados a la educación; muchas de sus enseñanzas así lo muestran. Con claridad, sostenía: “hay norteamericanos y norteamericanos. Unos crean instituciones de bien, otros de mal”. Él estuvo con los primeros.

El viaje necesario

En 1915, ambos, Omar y Octavio, eran muy jóvenes. El primero tenía veintisiete años y el segundo recién alcanzaba los veinte cuando emprendieron viaje a los Estados Unidos, viaje inolvidable para Octavio; fue su guía, le abrió su espíritu y entendimiento a instituciones y hombres de aquel país.

En ese viaje pudo constatar Octavio que Omar era un hombre abierto a la sabiduría de cualquier parte del planeta, de un modo natural, sin aspavientos. Apenas desembarcaron en Boston van a visitar la Universidad de Harvard, institución que conoce y reconoce en ella una disciplina fecunda. Luego se dirigieron a Concord, un suburbio de Boston, mientras Omar leía la correspondencia entre Emerson y Carlyle. Allí, en un día de invierno, visitaron la tumba de Emerson, donde Dengo se llenó de júbilo. En seguida buscó la tumba de Henry George, por quien tenía un enorme aprecio y conocía sus teorías económicas.

Visitó la biblioteca que guarda los manuscritos de Emerson. No satisfecho, prosiguió su peregrinaje en busca de un hijo que aún vivía, Eduardo Emerson. Esperando conocer más del filósofo, sin embargo, la realidad fue muy distinta; aquel era un hombre abatido y sin ninguna preocupación por difundir la vida y obra de su padre.

Luego se dirigió a la casa de Nathaniel Hawthorne, otro escritor que admiraba. En Concord había enseñado otro de sus grandes devociones, Henry David Thoreau, así que

buscó la escuela donde desempeñó labores, allí el devoto visitante intercambió opiniones con la directora de la escuela de aquella ciudad. Nada de las nuevas pedagogías le eran extrañas a Dengo, las conocía a través de las lecturas realizadas de manera sistemática durante muchas horas de trabajo austero. En Concord buscó la escuela y presencié lecciones y conversé acerca de ellas —nos recuerda su acompañante.

En tren nocturno se desplazaron ambos costarricenses desde Boston a Nueva York, visitaron la Universidad de Columbia en busca de Dewey y de Thorndike observaron y reflexionaron lo que el Teacher’s College hacía por el progreso de la educación, abrieron sus ojos de visión certera y grande en los salones del Museo Metropolitano. “Alzó —nos dice Octavio Jiménez— su espíritu a la comprensión de la cultura que la ciudad, un tanto babélica, se empeñaba en crear y difundir.”

Este viaje a los Estados Unidos lo hizo con sus propios y escasos recursos, movido por la esperanza de estudiar las corrientes pedagógicas de ese país. Sabía que sus educadores estaban atentos a todo tipo de influjo de renovación y quiso ver de cerca lo que ellos realizaban para el bien de la educación de los niños de su país.

Pocos años después tendría la oportunidad de dirigir la Escuela Normal de Costa Rica, donde pone en práctica muchas de esas experiencias pedagógicas renovadoras que afianzó en aquel viaje, primero leído y también soñado, que hizo en 1915.

Estampas de Octavio Jiménez dedicadas a Omar Dengo:

1929, 16 de noviembre	De ellos recogió para su espíritu y no para su carne
1931, 21 de noviembre	Un costarricense que fue amigo de Omar Dengo
1932, 19 de noviembre	De un hombre que luchó en un páramo
1933, 18 de noviembre	Pensando en Omar Dengo
1945, 29 de diciembre	Pienso que Omar Vive... 

Mario Oliva. Escritor costarricense, Doctor en Letras y Artes en América Central. Es catedrático de la Universidad Nacional de Costa Rica, en el Doctorado Pensamiento Latinoamericano y en la Maestría de Estudios Latinoamericana de dicha institución, en donde coordina además los posgrados en Estudios Latinoamericanos y Derechos Humanos y Educación para la Paz. Actualmente ocupa el cargo de vicerrector de extensión de esa casa de estudios superiores. Entre sus más recientes libros, destacan: *Intelectuales y letras centroamericanas sobre la guerra civil española* (CIALC, UNAM, México, 2009) y *Como Alas de mariposa. Correspondencia de Joaquín García Monge a Alfredo Cardona Peña* (UNA, Heredia, Costa Rica, 2008).